

## SANCTI ANSELMI SERMO DE. PASSIONE DOMINI

Señor Jesucristo, buen pastor, que te dignaste morir por tu rebaño, reconócame entre tus ovejas y llévame a tus pastos, y reconoce a tu ovejita para que merezca estar a tu derecha. Hazme partícipe de tu gloria, tú que bebiste el cáliz amargo por mí; tu pena atormenta mi conciencia, tus tormentos afligen mi memoria: pues yo temí la bebida que tú bebiste; yo pequé lo que tú cargaste; yo, siervo contumaz, cometí lo que tú sufriste; yo lo que tú pagaste; la causa de tu muerte fue mi iniquidad, mis crímenes causaron tus heridas. ¡Ay de mis pecados, que fue necesario expiar con tan amarga muerte! ¡Oh, mis pecados, cuán amargos fuisteis, que me prometisteis dulzura y me engañasteis! ¡Oh, infeliz Eva, que mordiste la manzana y trajiste la muerte a todos, incluso mataste a Dios y al hombre con nosotros! ¡Oh, infeliz hombre que por un breve placer te entregaste al diablo, y te perdiste a ti y a los tuyos! Aunque Dios no lo quería y lo prohibía, amenazando con la muerte, consentiste al diablo; disponiendo Dios, encontraste el bien, recibiste la gracia. ¡Oh, misericordia inefable! Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia (I Tim. I, 14), para que cuando nadie debía satisfacer por la culpa sino el hombre, nadie podía absolver sino Dios. Envio para que se hiciera hombre, quien no debía nada por sí mismo, muriendo por nosotros pagara nuestro delito. Por eso Dios se reviste de carne; quien es concebido, el Verbo se encarna, el Eterno nace, el pan se envuelve, se pone en el pesebre, es circuncidado, bautizado, tiene hambre, es tentado; Dios, como hombre, es vendido, capturado, retenido, atado, insultado, colmado de oprobios, bebido con vinagre y hiel, coronado de espinas, contado entre los ladrones, condenado a la muerte más vil, crucificado. He aquí cómo Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros (Rom. VIII, 32). ¡Oh, gracia del que entrega! ¡Oh, piedad de la muerte! ¡Oh, buen Jesús! ¡Oh, piadoso Jesús! ¿Qué te daré, qué soportaré por ti que tanto y tanto soportaste por mí? La exhibición de la obra es prueba de amor. ¿Qué haré entonces, yo que tanto indigno recibí? ¿Qué devolveré? ¿Qué retribuiré? Recibe lo que es tuyo, haz de tu siervo lo que te plazca; no debo quitarte tu derecho, no debo dar a otro señor tu siervo: tu derecho es mi alma, tu siervo es mi cuerpo; hiciste tuyo mi alma, cuando por ella diste tu vida; hiciste tuyo mi cuerpo, cuando por él entregaste tu cuerpo a la muerte. Te diste todo por mí y operaste todo en mí; compraste para ti mi espíritu, compraste para ti mi cuerpo, ambos tus siervos. Por tanto, soy tuyo en espíritu y cuerpo; ambos debo dedicártelos. Te amaré, pues, con todo mi corazón, te serviré con todo mi cuerpo. Se oscurecieron por mí en la muerte tus ojos. Que no vean vanidad mis ojos vagos; tus oídos se abrieron a los insultos y blasfemias, se abrirán al clamor del pobre mis oídos sordos; tu boca fue bebida con hiel y vinagre, que hable verdad y juicio mi boca mentirosa; tus manos se extendieron en la cruz, se extenderán al necesitado mis manos contraídas. Tus pies fueron clavados, se dirigirán por caminos rectos mis pies torcidos. Tu costado fue abierto con una lanza, abriré por confesión mi corazón para confesar mi herida. Todo tu cuerpo soportó las angustias de la muerte, para que mi cuerpo putrefacto se convirtiera en tu miembro. Oh buen Señor, ¿qué te devolveré por tantos beneficios, yo vil esclavo, siervo inútil? ¿Me alegraré o me doleré por tu muerte? Ciertamente haré ambos, me alegraré por la gracia del que entrega y por la caridad del que muere (Esto de med. II, De humana redempt., p. 222, 2a ed.). Pero primero me doleré por la causa de la muerte, es decir, por la conciencia del pecado, y compadeceré al que muere. Si no me alegro, soy ingrato; si no me duelo, soy cruel: pero como es tiempo de llorar antes que de reír, camino triste con la cabeza baja, y me asemejaré a tu pasión. Que el hierro de tu pasión atraviese mi alma, y tu cruz suspenda mi concupiscencia. Clava con tu temor mis carnes, para que no siga mis concupiscencias. Mortifica en mi carne los estímulos de la carne y todos los movimientos lujuriosos, y dame la verdadera y perpetua castidad y la vida eterna. Amén.